

Guatemala y las Leyendas de Miguel Angel Asturias

= Envío del autor =

Como el amor brota a menudo de un encuentro fortuito, también el sentimiento que ciertos países nos inspiran suele nacer de causas secundarias. Así nos lleva a amar a Francia su literatura; a Italia, su arte. Sus costumbres ganan a otros países afectos durables; los más de los hispanistas son ejemplo. A otros nos acerca el don de simpatía personal de sus hijos. Y a otros, otras causas. Sentimiento anterior a la experiencia, que confirma—o a veces infirma—el conocimiento directo.

Pero es menos frecuente que nos atraiga un país por sí mismo, por cuanto lo constituye, por su geografía, su historia y su presente. De mí a Guatemala ha tenido el afecto hilos seguros y sólidos, que —estoy convencido— el conocimiento directo volverá indestructibles. No es una simpatía a ciegas: las lecturas la han hecho germinar y la alimentan.

Ante todo, Guatemala ofrece la irresistible imantación de su protohistoria, el enigma seductor de la pretérita civilización que dejó, para nuestro pasmo, las reliquias de Quiriguá, de Tikal y de Copán. Y si ese misterio nos atrae, no menos nos subyugan otras imágenes, claras ya. Al comienzo de su historia, una figura se alza, alta y sólida, hacia la que nos inclinamos con la sonriente ternura del nieto para el abuelo: el guerrero de las ciento diez y nueve batallas, que posa la espada y gana nuevo laurel narrando en lengua de oro hazañas de hierro; el señor capitán Bernal Díaz del Castillo, regidor de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala, acoge para su país de adopción, desde el umbral del pasado, nuestra simpatía y nuestro fervor.

A su vera, el anónimo que recogiera los fastos de la raza aborigen en el subyugante *Libro del Consejo*, "porque ya no está a la vista el libro en que se leía todo esto", y quienes de áridos instrumentos procesales hicieron fascinantes tratados de historia en los *Anales de los Xahil* y el *Título de Totonicapán*. Esos libros evocadores despiertan el hambre de saber—para más querer— cómo es Guatemala, cómo fueron sus antiguos pobladores, cómo, su vida. Hambre que aguzan publicaciones cual la excelente revista la *Sociedad de Geografía e Historia*, por todos conceptos loable.

Y entre aquellos libros y esta revista, otras obras. La muy campanuda del regidor don Francisco

Antonio de Fuentes y Guzmán, dura de roer pero sabrosa cual ninguna otra a poco que la abordemos con apetito propicio. Y el libro del bachiller Domingo Juarros. Y la crónica de Fray Antonio de Remesal, causa de sinsabores mil para el ilustre dominicano. Y los sonoros versos de Landívar, que a la perfección tradujo mi docto amigo el presbítero mexicano don Federico Escobedo. Y, luego, el máximo embrujador, José Milla.

¡Tierra envidiable, la que aparece pintada en sus páginas inmortales tan simples y tan hondas, tan *en familia* y tan pudorosamente emocionadas!

Mas tarde, las luchas de la libertad, el esfuerzo hacia el progreso, poema de la energía humana en todos los jóvenes países. Y entonces, y siempre, la voluptuosa atracción de la Naturaleza—del suelo opulento al cielo triunfal—y hasta el sávido regusto que dan a la vida cotidiana los peligrosos juegos del removedor de montañas, el inquieto Cabrakán.

Y cien cosas más, atropelladas, telescopiadas en el tumulto del recuerdo: el esplendor del intacto quetzal y el pathos tremendo de la tragedia de doña Beatris de la Cueva, la estampa paradisiaca del palude amatitlaneco y las vivísimas que nos pinta, enamorado y burlón, ingenuo y taimado, el aventurero fraile Thomas Gage, el martirio de los caciques desventurados Sinacán y Sequechul, y la santidad del hermano Pedro José de Betancourt, las imponentes ruinas de Antigua y la promesa en flor de la niñez en el templo de Minerva. ¡Qué sé yo! Hasta las páginas tristes de la historia, por el alborozo de saberlas desaparecidas para siempre.

Todo ello es poesía. Y esa poesía anima uno de los más lindos libros recientes de las letras americanas: las *Leyendas de Guatemala*, de Miguel Angel Asturias.

Supe de la obra, de su nacimiento y formación, por charlas con el poeta, cimentadoras de una amistad que ya cuenta años de fecha, desde que en un aula de la docta Sorbona nos conociéramos bajo el signo de un amor común por el alma de las viejas piedras americanas. Pero el volumen dióme el deslumbramiento y el gusto de una revelación, igual que, un año antes, la joya que es *Rayito de Estrella*, primor de poesía, en donde Miguel Angel Asturias crea y deshace a su antojo apariencias irisadas: comedieta mínima, con los colores que en la gota de agua alumbra el rayo de sol, y la fantasmagoría que sólo ciertas realizaciones del cinematógrafo suprarrealista—de Man Ray o de Bunuel—podría concretar en imágenes para regalo nuestro.

A menos de sentir inclinación por el folklor, un libro de leyendas no tiene mucho interés porque los recopiladores suelen ser más eruditos que artistas, y el polvillo de oro de la fantasía se pierde con

Leyenda de la Tatuana

= De la obra *Leyendas de Guatemala*. Por Miguel Angel Asturias. Ediciones ORIENTE 1930. Madrid =

Ronda por Casa-Mata la Tatuana...

El Maestro Almendro tiene la barba rosada, fué uno de los sacerdotes que los hombres blancos tocaron creyéndoles de oro, tanta riqueza vestían, y sabe el secreto de las plantas que lo curan todo, el vocabulario de la obsidiana—piedra que habla—y leer los geroglíficos de las constelaciones.

Es el árbol que amaneció un día en el bosque donde está plantado, sin que ninguno lo sembrara, como si lo hubieran llevado los fantasmas. El árbol que anda . . . El árbol que cuenta los años de cuatrocientos días por las lunas que ha visto, que ha visto muchas lunas, como todos los árboles, y que vino ya viejo del Lugar de la Abundancia.

Al llenar la luna del Buho-Pescador (nombre de uno de los veinte meses del año de cuatrocientos días), el Maestro Almendro repartió el alma entre los caminos. Cuatro eran los caminos y se marcharon por opuestas direcciones hacia las cuatro extremidades del cielo. La negra extremidad: Noche sortilega. La verde extremidad: Tormenta primaveral. La roja extremidad: Guacamayo o éxtasis de trópico. La blanca extremidad: Promesa de tierras nuevas. Cuatro eran los caminos.

—¡Caminín! ¡Caminito! . . . —dijo al Camino Blanco una paloma blanca, pero el Camino Blanco no la oyó. Quería que le diera el alma del Maestro, que cura de sueños. Las palomas y los niños padecen de ese mal.

—¡Caminín! ¡Caminito! . . . —dijo al Camino Rojo un corazón rojo; pero el Camino Rojo no lo oyó. Quería distraerlo para que olvidara el alma del Maestro. Los corazones, como los ladrones, no devuelven las cosas olvidadas.

—¡Caminín! ¡Caminito! . . . —dijo al Camino Verde un emparrado verde, pero el Camino Verde no lo oyó. Quería que con el alma del Maestro le desquitase algo de su deuda de hojas y de sombra.

¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?

¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?

El más veloz, el Camino Negro, el camino al que ninguno habló en el camino, se detuvo en la ciudad, atravesó la plaza y en el barrio de los mercaderes, por un ratito de descanso, dió el alma del Maestro al Mercader de Joyas sin precio.

Era la hora de los gatos blancos. Iban de un lado a otro. ¡Admiración de los rosales! Las nubes parecían ropas en los tendedores del cielo.

Al saber el Maestro lo que el Camino Negro había hecho, tomó naturaleza humana nuevamente, desnudándose de la forma vegetal en un riachuelo que nacía bajo la luna ruboroso como una flor de almendro, y encaminóse a la ciudad.

Llegó al valle después de una jornada, en el primer dibujo de la tarde, a la hora en que volvían los rebaños, conversando a los pastores, que contestaban monosilábicamente a sus preguntas, extrañados, como ante una aparición, de su túnica verde y su barba rosada.

En la ciudad se dirigió a Poniente. Hombres y mujeres rodeaban las pilas públicas. El agua sonaba a besos al ir llenando los cántaros. Y guiado por las sombras, en el barrio de los mercaderes encontró la parte de su alma vendida por el Camino Negro al Mercader de Joyas sin precio. La guardaba en el fondo de una caja de cristal con cerradores de oro.

(Pasa a la página 276)